

## IMAGO URBIS. LAS CIUDADES ESPAÑOLAS VISTAS POR LOS VIAJEROS (SIGLOS XVI-XIX)

Luís Sazatornil Ruiz, Vidal de la Madrid Álvarez (Coords.),  
Ediciones Trea, Col. Piedras Angulares, Gijón, 2019. 694 págs.  
ISBN 978-84-17987-45-9

Todos aquellos que, en la adolescencia provinciana de principios de los 60, tuvimos que ver el mundo, la historia y las ciudades más famosas a través de la visión que el cine ponía ante nuestro ojos como una inmensa ventana que daba forma a nuestros sueños, sabemos muy bien lo que tuvo que suponer que, hacia finales del siglo XV, pero más aún en el siglo XVI, en una Europa cada vez más pujante y ansiosa de conocimiento, salieran a la luz las primeras publicaciones que daban cuenta de las formas que tenía el mundo, los continentes y las distintas naciones y de la apariencia que ofrecían también las más destacadas ciudades del orbe, muchas de las cuales la gran mayoría de las gentes jamás habían podido ver. Hubo muchas confluencias: la invención de la imprenta, los descubrimientos geográficos, la aparición de métodos de estampación de imágenes y nuevos sistemas representativos como la perspectiva y medios técnicos también que permitieron disponer de métodos muy eficaces. Eso es lo que explica que, de sencillas y muy convencionales recreaciones urbanas, se pasase muy pronto a elaborar brillantes corografías que, además, incluso empezaron a fantasear con ver los paisajes y las ciudades en imposibles vistas a vuelo de pájaro o de carácter cenital que habrían de competir con lo que hoy son nuestras vistas aéreas.

Claro está que, como casi siempre ha ocurrido en nuestra historia, fueron otros países los que pusieron las bases de este conocimiento, pero aun así, con nuestras carencias estructurales, nuestro atraso técnico y nuestra peculiaridad cultural, España no fue una excepción y poco a poco tuvo la oportunidad de darse a conocer, bien por

encargos que surgieron desde algunos promotores patrios –casi siempre la Corona– o por la simple curiosidad que artistas y viajeros extranjeros mostraron por nuestro país y que plasmaron en imágenes de nuestros pueblos, ciudades y gentes, no en vano España era una potencia incontestable en el XVI y parte del XVII, un país con gran predicamento y muchísimas cosas de interés en el siglo XVIII o porque, perdido el tiempo de la modernidad, pasamos luego a convertirnos en un país pintoresco que marcaba diferencias con el resto de los europeos.

Pues bien, este discurrir visual y temporal sobre nuestras ciudades, desde el siglo XVI al XIX, es justamente lo que da sentido y justifica la edición del libro que reseñamos, *Imago urbis. Las ciudades españolas vistas por los viajeros*, del que son coordinadores Luís Sazatornil Ruiz y Vidal de la Madrid Álvarez, pero en el que han intervenido un amplio equipo de investigadores, varios de los cuales son sobradamente conocidos: Javier González Santos, Yayoi Kawamura, Jesús Ángel Sánchez García, Juan Martínez Moro, Isabel M<sup>a</sup> Rodríguez Marco, Gabino Busto Hevia, María Soto Cano, Teresa Caballero Navas o Blanca Sazatornil Pinedo.

Surge como resultado de una gran exposición que tuvo lugar, entre los meses de abril y junio de 2019, en el Museo de Bellas Artes de Oviedo, aprovechando los grandes fondos que, sobre imágenes urbanas de España, tenía el propio museo pero también otros muchos organismos e instituciones privadas y públicas de Asturias y Cantabria; también se benefició de las investigaciones salidas a la luz de un proyecto de investigación

concedido entre 2015 y 2019 por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Eso justifica la calidad con que el libro está presentado y los trabajos que se incluyen en él y que abarcan desde estudios de un saber enciclopédico de amplio espectro, hasta otros más puntuales y analíticos que abordan el conocimiento de las obras, los artistas y las imágenes.

El libro comienza, de hecho, con un capítulo elaborado por Juan Martínez Moro en donde se pone de manifiesto la importancia que tuvo la irrupción de la imprenta y de las técnicas de estampación, que permitieron, al fin, ir consiguiendo resultados visuales cada vez más eficientes y precisos y que llegan a alcanzar, en el siglo XIX, calidades excepcionales en muchas representaciones.

Luis Sazatornil Ruiz afronta, por el contrario, un segundo gran capítulo en donde, con una gran erudición y amplios conocimientos, da cuenta de la realidad de la historia corográfica, desde sus primeras experiencias en el siglo XV hasta fines del XIX, pasando primero por un análisis cultural del momento en que surgieron, por su variedad tipológica y sin olvidar tampoco quienes fueron los principales historiadores que abordaron el estudio de las imágenes urbanas de nuestro país, para, a continuación, proceder ya a un análisis concatenado. Muestra las carencias de la España del XVI en este tipo de cuestiones y más aún la del XVII, pero sin dejar de valorar lo que fueron algunos logros destacables, entre los que resalta obviamente las panorámicas de Franz Hogenberg y Joris Hoefnagel para *Civitates* y la obra de Pedro Texeira para la *Topographia de la villa de Madrid*, que considera una obra portentosa de su tiempo, si bien estampada en el exterior. También profundiza en el XVIII dando cuenta de la aportación extranjera, británica, alemana y francesa en particular, pero sin olvidar tampoco la producción patria que nunca llegó a estar a la altura de las circunstancias, pese al esfuerzo de ciertas instituciones como la Real Academia de San Fernando, que trató de mejorar las condiciones técnicas y artísticas de nuestro país. Cómo no, junto a otras obras menos conocidas, ahonda en el interés del *Viage de España* de Antonio Ponz y particularmente en su interesante colección de grabados urbanos y de monumentos; también en las *Antigüedades*

*árabes de España* que capitaneó José de Hermosilla, aunque concluye el autor el capítulo de la Ilustración, indicando que, pese a todo, los ingleses llevaron casi siempre la delantera al igual que los franceses como Alexandre Laborde, que ya en los inicios del nuevo siglo, dio a conocer nuestra riqueza monumental y sus variopintas ciudades en su afamado *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* poblado de muy brillantes estampaciones. Prosigue Sazatornil, su viaje corográfico por la producción romántica viendo las distancias existente entre los paisajes urbanos cargados de pintoresquismo, sentimientos, vehemencia y emoción como los que realizaron artistas como David Roberts, George Vivian o Gustave Doré, o españoles como Genaro Pérez Villaamil, que fue el primero en ponerse a la altura de los extranjeros tanto en sus grandes proyectos editoriales –*España artística y monumental*–, en sus dibujos y acuarelas, como en sus brillantes óleos que centra el autor en el fantástico referido a la catedral de Oviedo, que no por otra razón acapara también la propia portada del libro. Por último, Sazatornil da cuenta de otros proyectos y artistas más tardíos: los *Monumentos arquitectónicos de España* –un gran proyecto de calidad europea–, la obra emprendida por Javier Parcerisa, las vistas aéreas de Alfred Guesdon o las estampas que ilustran la obra de Théophile Gautier –de los hermanos Émile y Adolphe Rouargue– y muchos otros, para concluir con la irrupción de la fotografía que ofreció otra imagen de nuestro país más precisa y realista pero no por ello menos interesante. Obviamente salen a colación tanto Charles Clifford como Jean Laurent, en su calidad de pioneros. Concluye, no obstante, afirmando el autor que la llegada de la fotografía y el descubrimiento de las pinturas prehistóricas “de Altamira” supusieron una gran conmoción en el discurso de la pintura realista hasta el punto de que, según él, “ya nada será igual”.

Insistiendo en parte en cuestiones ya planteadas, pero ampliando en gran medida el gran abanico corográfico español, esta vez centrado en el Antiguo Régimen, es en lo que incide el capítulo de Javier González Santos que, como es habitual en él, nos introduce de lleno en el repertorio gráfico de una manera precisa e intensiva. No se centra solamente en las obras grabadas, sino asimismo en todo aquél material icónico

que también se ejecutó con otras técnicas; de ahí que, después de subrayar que la primera obra corográfica española quinientista fue el *Libro de grandezas y cosas memorables de España* editado en Sevilla en 1548 –pese a tener sus imágenes un carácter muy simplista–, aborde primeramente los logros de Hoefnagel y Hogenberg en *Civitates* y, de manera muy especial, el proyecto frustrado de Anton van den Wyngaerde que nos dejó brillantes panorámicas hechas a pluma y acuarela, hasta llegar a los perfectos diseños de Juan de Herrera grabados por Pieter Perret que convirtieron El Escorial en todo un hito arquitectónico y en una imagen que habría de tener infinidad de secuelas. Analiza también toda la producción seiscentista, aunque a falta de grandes repertorios como el de Baldi en las vistas tomadas de las ciudades de España y Portugal al hilo del viaje de Cosme III de Médici -1668-1669-, que nunca vieron la luz pública, resalta el autor la obra de Lavanha y su magnífica panorámica de Lisboa, las vistas de Juan Bautista Martínez del Mazo de Pamplona y Zaragoza, el *Atlas* de Pedro Texeira con su recorrido costero y peninsular, también inédito, su *Topographia* de Madrid, los lienzos de Pedro de la Corte sobre los Sitios Reales o los grabados del francés Louis Meunier, así como la obra de Álvarez de Colmenar, *Les Delices de l'Espagne et du Portugal*, que salió a la luz casi a la vez en que Filippo Pallotta elaboraba su fantástica panorámica de la plaza de la Armería del Alcázar de Madrid, aprovechando la partida del nuevo rey Felipe V cuando todavía estaba inseguro en el trono de España.

En todo caso, esta representación borbónica le da pie al autor para destacar toda la producción del siglo XVIII español desde Miguel Angel Houasse y sus paisajes de los palacios reales, Antonio Joli sobre Madrid, de Battaglioli sobre las fiestas de Aranjuez o de Lorenzo Quirós de la entrada de Carlos III en la villa y corte, que preceden a los de Luís Paret y Mariano Sánchez sobre ciudades y puertos españoles, hechos todos al óleo y con unos criterios muy diferentes.

No concluye aquí el capítulo de González Santos; refiere la producción grabada de estampas hecha en el siglo XVIII en los medios españoles y académicos, preocupados por dar a conocer muchos monumentos, algunas panorámicas ur-

banas y las ya mentadas antigüedades árabes de nuestro país. Con todo, nos recuerda el autor, que no hubo un programa muy definido, lo que explica que grandes obras como las de Llaguno o Ceán saliesen a la luz huérfanas de imágenes pese a la gran calidad de sus textos, prueba sin duda de las carencias que tenía el país en esta materia de la impresión de estampas, con alguna excepción como la llevada a cabo por el italiano Fernando Brambila ya bien entrado el siglo XIX. No así la producción extranjera que, por suerte, puso atención en España y dejó muy importantes testimonios.

Ya comentamos la obra de los artistas alemanes y la de algún francés como Laborde; pero también se abordan las estampas salidas a la luz en la obra de Carter, Murphy, Twist, Townsend, Syngé o Swinburne, donde ciudades y monumentos salen a colación al igual que brillantes antigüedades árabes y romanas. En fin, que consigue González Santos hacer de su capítulo un estudio completo de todo el período.

*Imago urbis*, prosigue, con todo, con nuevos capítulos que se centran ya claramente en la obra gráfica que formó parte de la exposición y dan forma al libro, esta vez de la mano de Vidal de la Madrid, que abre la secuencia de la Edad Moderna. Y es que, acompañado del equipo de investigadores que ya se ha señalado, el autor refiere con prolijidad y gran aparato gráfico todo los pormenores catalográficos de cada obra, de sus autores, obras y características así como de su trasfondo cultural y sus consecuencias, contribuyendo, sin duda, a su completo conocimiento: desde aquellas obras donde lo español se pierde entre repertorios corográficos mucho más amplios como se ve en *Civitates* de George Braun, o donde España aparece fantaseada en sus abundantes recreaciones “a la francesa”, caso de *Voyages faits en divers temps en Espagne* de Bernardin Martin, hasta la abundancia de grabados que enriquecen *Les Delices* de Álvarez de Colmenar pese a ser muchos de ellos “viejos” conocidos de una producción anterior. Nos abre también Vidal las puertas a las urbes, pueblos y monumentos españoles del período ilustrado a través de Ponz, Diego Villanueva, Espinalt, Campmany, Fleuriot de Langle, Townsed, Murphy... o Carlos de Vargas; lo mismo que hará en los últimos capítulos

de nuevo Luís Sazatornil, esta vez analizando por lo menudo, junto a los autores ya señalados –J. A. Sánchez García aborda la producción del inglés George Vivian, Isabel M<sup>a</sup> Rodríguez Marco la de Nicolás Chapuy y Ramón Mesoneros Romanos, entre otros; Gabino Busto parte de la obra de Genaro Pérez Villaamil, al igual que María Soto Cano, etc.–, todo el período romántico, el realismo y la primera fotografía aplicada a monumentos y a la ciudad. Y sin olvidar un guiño a otras corografías hechas en marquetería de madera y paja y ciertas representaciones urbanas, como las de Melitón González, “Mecachis” y Ramón Cilla,

que las integran en un marco de comicidad presidido ante todo por el humor.

Solo, pues, queda por decir que el libro concluye con un rico aparato bibliográfico, del mismo modo que se inicia con una ilustrativa introducción escrita por Alfonso Palacio, director del Museo de Bellas Artes de Asturias.

Alfredo Vigo Trasancos

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6932-8627>

Universidade de Santiago de Compostela